

El Cerro de Montevideo:

un barrio popular y con identidad colectiva. Pensar el barrio para enseñar y aprender historia

“Cerro de Montevideo”: a popular neighbourhood with collective identity. Thinking of the neighbourhood to teach and learn history

Escrito por **Gastón Laborido**

Resumen

En este trabajo se explora de qué manera la historia de un barrio particular de Montevideo, la Villa del Cerro, puede ser útil para enseñar y aprender historia. Es el resultado de mi experiencia y vivencia como profesor de Historia de enseñanza media en el Cerro por más de diez años. El barrio Cerro tiene una fuerte identidad local que se construyó con tradición de trabajo y lucha, defendiendo derechos de inmigrantes y obreros, sobre todo en la primera mitad del siglo XX a partir de lo que fue la industria cárnica. En mis años de trabajo en ese barrio participé de varias salidas didácticas. Muchas de ellas en el marco de proyectos de trabajo coordinado con otras asignaturas, y en otras ocasiones se trató de proyectos específicos de Historia. El presente artículo persigue dos objetivos: en primer lugar, reflexionar sobre el valor que tiene incorporar la historia barrial para enseñar y aprender historia. En segundo lugar, sistematizar las diversas experiencias de salidas didácticas que realicé con distintos grupos, a los efectos de brindar posibles itinerarios a los docentes que se incorporan como enseñantes de Historia en el Cerro.

Palabras clave: Historia local – Villa del Cerro – Identidad local – Enseñanza de la Historia

Abstract

This work explores how the history of a particular neighbourhood in Montevideo, Villa del Cerro, can be useful to teach and learn history. This is the result of my own experience as a history in secondary schools for more than 10 years in this neighbourhood, which has a strong local identity based on work tradition and struggle, defending the rights of immigrants and labourers, especially in reference to the meat industry in the first half of the 20th century. In the years I worked there I participated in didactic outings with students, many of these as part of joint projects with other subjects, others as part of specific History projects. This article has a twofold purpose: to reflect on the value of considering the history of the neighbourhood to teach and learn the subject and to systematize the experience gained in didactic outings in order to contribute with possible itineraries to newcoming teachers of history in the neighbourhood.

Keywords: local history – Villa del Cerro – local identity – History teaching

Introducción: estar en el Cerro

Este artículo es el resultado de la necesidad de saldar una deuda personal pendiente y sintetizar mi experiencia y vivencia como profesor de Historia de enseñanza media en un barrio particular de Montevideo: el Cerro. Durante más de diez años enseñé

Historia en el mismo barrio y en tres de sus cuatro instituciones liceales (liceos n.º 11, 70 y 72).

Estar en el Cerro tiene enormes implicancias, producto de su fuerte identidad local, que se construyó con tradición de trabajo y lucha, defendiendo derechos de inmigrantes y obreros, sobre todo en la primera mitad del siglo XX, a partir de lo que fue la industria cárnica. Es tan fuerte la identidad cerrense, que los que somos visitantes en el barrio terminamos en un proceso que tiene dos resultados: integrarnos al barrio y sentirnos parte, que es lo que nos pasa a la mayoría de las personas; o no generar un lazo afectivo e identitario, por lo tanto, esas personas se sienten extrañas en el Cerro.

Mi primer contacto con el barrio fue cuando llegué al liceo 11, Bruno Mauricio de Zabala, a realizar mi práctica docente de Didáctica I con la profesora de Historia Alicia Maceira. Allí comencé a descubrir un mundo nuevo, desconocido para mí. El liceo 11 tiene toda una identidad institucional que se fue gestando con el tiempo de la mano de docentes y fundamentalmente de la comunidad cerrense. De alguna manera, esa identidad institucional también está relacionada al contexto de su creación, ya que este liceo fue fundado el 2 de mayo de 1953 (en el edificio que perteneció al Duna Hotel), cuando los lazos de comunidad en torno al trabajo y a la solidaridad ya se habían forjado en paralelo al desarrollo de la industria frigorífica de los años cuarenta.

De acuerdo a las necesidades que tenía el Cerro, la Comisión de Fomento creó la subcomisión pro Liceo en el Cerro.

La Comisión de Fomento y sus respectivas familias trabajaron en enero y febrero de 1953 para que el liceo quedara pronto con sus cinco primeras aulas, para abrir las puertas a sus primeros 200 alumnos el 2 de mayo de 1953.

Por lo tanto, la Comisión de Fomento Edificio y Social del Cerro, como sociedad civil, fue la gestora del liceo del Cerro, para que los adolescentes pudieran acceder a la enseñanza secundaria y así poder mejorar su calidad de vida y ser mejores personas. (Consejo de Educación Secundaria, 2008: 159).

Convocados a pensar juntos sobre nuestras prácticas de enseñanza, en un trabajo anterior abordamos la relevancia de la construcción del trayecto de formación en el encuadre de las instituciones de enseñanza, del IPA y las liceales, pero especialmente del liceo 11 del Cerro (Acosta et al., 2012). La profesora de Historia Alicia Maceira trabajó por treinta años en este liceo y nos comenta la pertenencia que genera trabajar allí. Nos habla de una identidad institucional que se fue gestando en las acciones docentes, en la necesidad de la comunidad toda, y que se resignifica año a año en el inicio de los cursos cuando ser y estar en el liceo 11 tiene aspectos fuertemente identitarios que dejan huella.

Nos dice Alicia al respecto: «El liceo 11 tiene un imán, una vez que entramos allí, nos atrapa y para bien o para mal, salir implica dolor. Por eso, cuando se me plantea la posibilidad de compartir esto en un espacio algo más académico, es un desafío que acepto para poder destacar el humilde trabajo que tantos compañeros han desarrollado con tanto esfuerzo. [...] el liceo 11 es un liceo con historia» (Acosta et al., 2012: 37).

El relato de Alicia Maceira evidencia el fuerte sentido de pertenencia al liceo 11. Esto también aparece en un texto en el que anteriormente la profesora de Literatura, Kydia Mateos, en colaboración con sus exalumnos e integrantes de los dos equipos de teatro liceal se propusieron contar sobre anécdotas del liceo 11 (2009). En esa obra, recogieron varios relatos de experiencias de estudiantes y docentes que transitaban por la institución. Mateos conoció el liceo en la década del sesenta, siendo docente de allí.

Enseñar en el Cerro en la actualidad posibilita el acercamiento a la identidad del barrio y genera curiosidad por conocer su historia. En este sentido, parto de la idea de que el barrio y su historia puede ser concebido como un foco desde el cual es posible

acercarnos al pasado. Como señala G. Pérez, «el barrio es parte fundamental de nuestras vidas, de nuestros recuerdos, de nuestras vivencias, de nuestros amores, de nuestras derrotas pero, también forma parte de un imaginario que ya no está, que ya no existe y, como dice Tabaré Cardozo, al que no podemos volver» (2020: 15). En el correr de los años procuré traer al aula la historia barrial, con el objetivo de establecer una línea de contacto entre el barrio y el liceo. Al respecto, el investigador A. Acuña Medina plantea que

Si logramos que niños y niñas descubran el barrio donde nacieron, si los aproximamos a sus gentes de carne y hueso, si logramos que ellos y ellas vean su barrio y su entorno por primera vez; seguramente tendrán experiencias de vida más gratificantes y más significativas. En esta dinámica es probable que descubriendo al barrio se descubran a sí mismos, lo cual los movería a iniciar un proceso de redefinición de su proyecto de vida, ubicando en este el papel del estudio y el conocimiento. En esta dinámica estudiar no sería una carga o un deber sino un placer [...] (2015: 70).

En mis años de trabajo en el Cerro participé de varias salidas didácticas. Muchas de ellas en el marco de proyectos de trabajo coordinado con otras asignaturas, y en otras ocasiones se trató de proyectos específicos de Historia. El presente artículo persigue dos objetivos: en primer lugar, reflexionar sobre el valor que tiene incorporar la historia barrial para enseñar y aprender historia. En segundo lugar, sistematizar las diversas experiencias de salidas didácticas que realicé con distintos grupos, a los efectos de brindar posibles itinerarios a los docentes que se incorporan como enseñantes de Historia en el Cerro.

El trabajo está organizado en cinco partes. En la primera, analizo teóricamente qué es un barrio y cómo se construyen las identidades barriales. En la segunda, examino algunos elementos relevantes de la enseñanza de la historia local y barrial, enfatizando en los principales valores formativos para su inclusión al aula. En la tercera parte, realizo un breve recorrido por el escenario y sus protagonistas, recogiendo los principales aspectos históricos de la Villa del Cerro, procurando una aproximación a la identidad cerrense. En la cuarta, menciono algunas experiencias de enseñanza de la historia barrial en el Cerro. Por último, brindo un listado de fuentes que pueden ser utilizadas en la didáctica de la historia local y sugiero posibles lugares para visitar en el marco de salidas didácticas.

Las identidades barriales

Uno de los referentes de la microhistoria es el historiador mexicano Luis González, quien en su clásica obra *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia (1968)* analiza la historia de San José de Gracia, Michoacán, pequeña población que no aparece mencionada en ninguna historia de México. En su trabajo, examina al territorio desde el punto de vista histórico y lo piensa como unidad, por lo tanto, un universo de análisis. En este sentido, el barrio es concebido como un escenario en el cual se proyectan los usos y representaciones de sus habitantes, en tanto se transmite un conjunto de significaciones sociales, culturales, estéticas. Esas expresiones sociales son las que terminan configurando la identidad del barrio.

Trabajar en el Cerro y con el Cerro implica trabajar con una identidad urbana y barrial particular. Esto supone que se debe analizar el espacio geográfico del Cerro en función de sus instituciones formales, los vínculos sociales que lo crean y recrean, así como las subjetividades que lo dotan de sentido. El espacio es un hecho eminentemente social, desde una mirada donde la sociedad es constructora y destructora, y donde existen movimientos dependientes y dominantes en que los seres humanos están inmersos. Por lo tanto, el espacio es una realidad y una categoría de comprensión de la realidad.

El barrio se construye desde la experiencia y la costumbre, por una manera de hacer, de pasear, de recorrer, a través de la cual el habitante y el transeúnte le toman el

pulso a la intensidad y densidad de su inserción en este pequeño territorio. El barrio impone un saber hacer de la coexistencia, una convención social a la que sus habitantes no podrán escapar. Caminar en la calle, es siempre un acto que inscribe al habitante en una red de signos y convenciones propios a la vecindad. (De Certau, ob. cit.) (Márquez, 2007: 1243).

Para referirnos a la Villa del Cerro, tomaremos el concepto de barrio que proponen Ghione et al. Estos autores señalan que «Merklen define al barrio como el “espacio de la inscripción territorial (de los agentes sociales) entendida como una forma de inscripción social a través de la ciudad”» (Ghione et al., 2012: 28). Para ellos, el barrio y sus instituciones es un espacio particular, con sus lógicas particulares que engloban no solo la división de un pueblo grande o sus distritos, sino que también conciben al barrio en un sentido más amplio, haciendo referencia a todas las relaciones que se dan entre sus agentes.

Por otro lado, Merklen (citado en Ghione et al., 2012) plantea que el barrio es plausible de pensarse a partir de cuatro dimensiones teóricas.

La primera dimensión de análisis es pensar al territorio como fuente de poder, es decir, poseyendo propiedades susceptibles de ser tratadas como recursos por los que los agentes sociales disputan y luchan.

La segunda dimensión de análisis es identificar la cohesión. En este sentido, ser de un determinado barrio define tanto una identidad territorial como la pertenencia a un grupo, es decir, a una identidad social. Para que la cohesión sea posible, los autores indican que es necesario que el barrio se convierta en una razón de prestigio del grupo y a la vez sea capaz de crear normas comunes que organicen el sentido de la pertenencia al lugar.

La tercera dimensión está conformada por el prestigio, las normas, el estilo. Como indica Merklen (citado en Ghione et al., 2012), la disposición de un determinado espacio social tiene su correlato más o menos fiel en la estructura espacial-geográfica en la cual se desarrollan las relaciones sociales que constituyen dicho espacio. A partir de cómo este se estructure, el espacio geográfico va a respetar esas diferencias-jerarquías y fundamentalmente las va a hacer visibles, en tanto las jerarquías se expresan en la totalidad de las relaciones sociales y se cristalizan en lo material.

La cuarta dimensión entiende al barrio como una vía de integración, a partir de cuatro aspectos: a. como espacio de solidaridades locales organizadas, a veces en relación con otras fuentes de cooperación, con la familia, los partidos políticos o las instituciones religiosas; b. como espacio de formas específicas de acción colectiva (relación con lo político), el barrio suele servir de base a la articulación de conductas que tienen por objeto manifestarse en la vía pública; c. como una forma de lazo entre los individuos y la sociedad (dispensarios, escuelas, seccionales de policía, etc.); d. como soporte a la formación de una identidad.

El barrio y su entretejido implica un sistema de relaciones sociales especializadas, una dimensión histórica y procesos de identidad. De todas formas, de acuerdo al planteo de F. Márquez (2007), todo barrio tiene un origen, historia y trayectoria, pero no todo barrio tiene una identidad. Para esta antropóloga y socióloga, se puede definir a la identidad como

[...] un relato, un discurso donde se amarre en una trama continua y coherente el origen, la historia y un nosotros a un proyecto de futuro en relación al propio territorio. Sin este relato comprensivo del barrio, y sin una cotidianeidad que lo amarre y actualice, no solo la identificación con el propio territorio se dificulta, también los vínculos de reconocimiento con la propia ciudad. Las representaciones de nosotros mismos en el mundo están íntimamente ligadas con las maneras en que ocupamos el espacio y hacemos territorio. (Márquez, 2007: 1244).

Cuando hablamos de identidad, hablamos de un proceso de múltiple direccionalidad que no se da solo de manera vertical, sino que contempla variadas interacciones. En este sentido, G. Giménez señala que «la identidad de un actor social emerge y se afirma solo en la confrontación con otras identidades en el proceso de interacción social, la cual frecuentemente implica relación desigual y, por ende, luchas y contradicciones» (1997: 12).

La identidad de los colectivos, en tanto «unidad distinguible» (Giménez, 1997), supone la posibilidad de distinguirse de los demás, pero también tiene que ser reconocida por los demás en contextos de interacción y de comunicación, lo que requiere una «intersubjetividad lingüística». Trabajar con unidades de distinguibilidad permitirá abordar la apropiación e interiorización del complejo simbólico-cultural que encierra la ciudad o el barrio. Esto supone que se puede observar la conformación y transformación de subjetividades, procesos identitarios, vínculos vecinales-comunitarios, diálogos transgeneracionales e interculturales.

Según Giménez (1997), las identidades provienen de una doble situación: por un lado, de la condición de pertenencia que expresa la adscripción al territorio, género, clase, generación o familia; y por otro, de la cualidad funcional que lo asume desde el rol de hinch, jugador, dirigente o empresario. Estos dos orígenes identitarios pueden, en ciertas condiciones, ser excluyentes, contradictorios o funcionales, dependiendo del momento y del lugar, dada la condición histórica que tienen.

Anteriormente decíamos que todo barrio tiene un origen, historia y trayectoria, pero no todo barrio tiene una identidad. Tomando los aportes de F. Márquez (2007), mencionaremos cuáles son las dimensiones que participan en toda génesis de las identidades territoriales.

La primera dimensión es que necesita de un *relato de la historia y la memoria del territorio*. Esto supone que se trata de «[...] una narración donde se amarre en una trama continua y coherente el origen, la historia y un nosotros a un proyecto de futuro. Sin este relato comprensivo y utópico del barrio, la identificación con el propio territorio no se construye. [...]» (Márquez, 2007: 1245). La memoria y el recuerdo se vuelve un ejercicio esencial para la conformación de las identidades territoriales. «[...] La memoria individual necesita en este sentido, del eco de la memoria de los otros... ella siempre tiene una dimensión colectiva. (Candau, 2002)» (Márquez, 2007: 1245). En este sentido, la memoria colectiva no es sino un sistema de interrelaciones de las memorias individuales.

La segunda dimensión es *el poder y el conocimiento*. «Para que la identidad goce de legitimidad, no basta un relato continuo y coherente de la memoria barrial, sino que es imprescindible el reconocimiento de este relato por parte de un *otro* [...]» (Márquez, 2007: 1245). De alguna manera, esto opera a modo de espejo, en el cual una mirada del otro devuelve la imagen que se desea proyectar del barrio y de sus habitantes.

En las identidades siempre existe una relación estrecha entre reconocimiento y auto-comprensión, entre la mirada que el otro tiene de mí y la mirada que yo tengo de mí mismo. En la medida que no exista ese reconocimiento del relato identitario, no existirá posibilidad de construir una identidad territorial (con historicidad), esto es, una identidad donde la memoria y la propia historia se transformen en proyecto sobre el propio territorio. (Márquez, 2007: 1246).

La tercera dimensión corresponde al *proyecto de la identidad*. «Poner en marcha los propios deseos y aspiraciones, no es un asunto solo de saber-hacer, sino también de poner en escena, en actos prácticos y simbólicos, un saber-ser» (Márquez, 2007: 1246). En este sentido, la autora agrega que

Para que la identidad barrial se construya se necesita ejercer un control sobre las propias decisiones, de modo que ella se exprese en una acción práctica, en toma de

decisiones, en un poder simbólico y práctico que demuestran el carácter permanente e histórico del barrio. En este sentido, la identidad no es solo una narración, sino también capacidad de persuasión y de acción. (Márquez, 2007: 1246).

Por último, la cuarta dimensión es *del espacio al lugar: paisajes identitarios*. Esto significa que «[...] no existe identidad, vínculo e historia que no se concrete e inscriba en un tiempo y un espacio» (Márquez, 2007: 1246). Desde esta perspectiva, la memoria y las identidades están ligadas al tiempo y al espacio.

[...] narrar la propia historia es también inscribirla en un espacio que se ha vuelto un lugar. El Lugar está vinculado con la idea de identidad y de sentido simbolizado: el lugar antropológico; universo de reconocimiento en el que cada uno sabe cuál es su sitio y el de los demás y los puntos de referencia espaciales, sociales e históricos que comparte con sus pares. (Márquez, 2007: 1246).

La enseñanza de la historia local en el ámbito educativo

La historia local representa también una nueva concepción de la historia. En este sentido, postularemos los principales elementos formativos que brinda el abordaje de la historia local en educación secundaria. Para ello, debemos explicitar qué Historia enseñar. Tomando los aportes de J. Prats y J. Santacana (2015a) entendemos que:

La Historia, entendida como materia escolar, no debe concebirse como un cuerpo de conocimientos acabados, sino como una aproximación a un conocimiento en construcción. Dicho acercamiento deberá realizarse a través de caminos que incorporen la indagación, la aproximación al método histórico y la concepción de la historia como una ciencia social, y no simplemente como un saber erudito o simplemente curioso. (Prats y Santacana, 2015a: 31).

La orientación de los contenidos está estrechamente ligada al enfoque de cómo se trabajen los temas. Esto supone que la opción historiográfica perfila la orientación didáctica que adopta el docente en su práctica de enseñanza.

Para J. Prats y J. Santacana (2015b), la principal potencialidad formativa de la Historia como disciplina radica en que «[...] permite conocer las bases históricas de los problemas actuales y las claves del funcionamiento social en el pasado, por lo que se convierte en un inmejorable laboratorio de análisis social» (pág. 13). En el caso de este trabajo, se pretende aportar una mirada del valor formativo de la historia local en la educación media. En la actualidad es importante la incorporación de la perspectiva de la historia local en la enseñanza formal de la Historia. El barrio y su historia puede ser concebido como un foco desde el cual podemos acercarnos al pasado.

Una de las alternativas que existe en este camino es la llamada Historia Local. Una corriente que desde hace varios años pasea próxima a los círculos académicos, pero que todavía despierta —sobre todo, por desconocimiento— alguna incredulidad o desconfianza entre los investigadores, estudiantes y docentes más conservadores. No es extraño que ocurra tal fenómeno, la historia local es un poco hereje, es una historia que prescinde de los hechos notables de la Historia Patria, no hace referencia al Panteón Nacional, y no hace desfilar a ninguno de esos personajes notables con cuyos retratos se ilustran los libros de Historia. Es además, la antítesis de la Historia Universal, es una historia que se instala al interior de las fronteras del espacio recorrible de las personas y que interactúa con la memoria colectiva de la comunidad y de los sujetos comunes y corrientes que la componen. (Folchi, 2000: 2).

J. Prats analizó la historia local como opción didáctica y planteó que el «[...] estudio de la historia de una determinada localidad o comarca no debe ser por sí mismo, sino como aportación y ayuda para reforzar la adquisición de método y para *aprender a matizar un campo de observación*. [...]» (2001: 71). Prats parte de la base de que el

abordaje de la historia local debe contemplar la observación del terreno, instancia que el autor denomina situar al alumno en una posición apta para la *investigación*. Este tipo de trabajo, desde su perspectiva, tiene enorme potencial, aunque advierte que hay que tomar determinadas estrategias para que la historia local no corra el riesgo de convertirse en una «sopa de anécdotas» (Prats, 2001: 71).

La historia local como sopa de anécdotas poco aporta a la formación y no permite la comprensión de la dinámica y explicación de los hechos y períodos históricos. En este sentido, Prats afirma que «[...] los trabajos de historia local no deberán ser otra cosa que el aplicar una lupa sobre algún período del pasado, para observar, desde otra perspectiva, lo que se vio y se verá con coordenadas mucho más extensas.» (Prats, 2001: 79).

Prats también agrega que la incorporación de la historia local al aula es mucho más compleja que el simple afán de saber qué pasó en la localidad, o quién y para qué construyó determinado edificio. Por lo tanto, para que efectivamente sea formativa la historia local como estrategia didáctica, Prats advierte que se debe «[...] introducir a los alumnos en el método de investigación, y en la pedagogía del descubrimiento, exige, por parte del profesorado, una elemental destreza en la metodología de investigación» (2001: 76). Para concretar esto, el autor realiza una serie de recomendaciones para el abordaje de la historia local a partir del trabajo con fuentes históricas. El barrio y su historia constituyen una entrada al pasado. A continuación podemos ver las cuatro ventajas educativas de la Historia local que propone Prats.

En primer lugar, permite que los estudiantes se den cuenta de que los restos visibles a su alrededor y los documentos que pueden encontrarse son fuentes interesantes que pueden ser utilizadas para la comprensión de la historia. En segundo lugar, permite enseñar que los conocimientos, las habilidades y las técnicas que permiten identificar y analizar esas fuentes son propias de la teoría y metodología de la investigación histórica. Esto permite situar los resultados de aprendizaje en un contexto más amplio. En tercer lugar, la historia local puede servir para fomentar el manejo de saberes relacionados a la reconstrucción de hechos y acontecimientos, que pueden iniciarlos en la interpretación histórica, siempre que se incorporen los conceptos teóricos necesarios. En cuarto lugar, puede despertar en los alumnos la curiosidad por la exploración histórica del entorno, fomentando el interés por el descubrimiento del pasado.

El Cerro de Montevideo: una experiencia histórica

La Villa del Cerro, popularmente denominada el Cerro, fue fundada en 1834. Su denominación se debe a la elevación de 136 metros de altura que está en la zona. Este barrio está ubicado en la zona oeste de la ciudad, a unos quince kilómetros del centro. Los límites del barrio son: al sur la rambla Suiza; al este la rambla Egipto; al oeste Camino Cibils y al norte la calle Carlos María Ramírez.

Inicialmente, en el siglo XVIII, cuando en 1730 Pedro Millán estuvo a cargo del reparto de tierras, la zona del Cerro fue destinada a estancia de la caballada del rey, es decir, constituía zona de dominio fiscal. En consecuencia, no se constituyó como un lugar de interés para asentamiento de poblaciones. La forma de acceder al territorio era por agua o por tierra, por un camino que costaba la bahía y salvaba el Miguelete y el Pantanoso por medio de balsas.

A comienzos del siglo XIX, el gobernador de Montevideo, Javier de Elío, hizo construir en 1808 la fortaleza junto al faro que se había instalado seis años atrás. Una vez iniciado el proceso revolucionario en la región rioplatense, el gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata adjudicó en 1814 estas tierras al brigadier general don Francisco Xavier de Viana, como forma de pago de los servicios prestados.

Durante la administración del general Fructuoso Rivera (1830-1834), un grupo de empresarios saladeros, liderado por Damián Antonio Montero, Samuel Lafone, entre otros,

pretendió levantar como negocio particular una población en la falda meridional del Cerro y propuso la inmigración para reunir mano de obra para la incipiente industria saladeril. De todas maneras, autores como S. Romero Gorski señalan que «la tradición industrial del Cerro se remonta a 1804, año en que se instala el saladero de Miguel Vilardebó, adelanto de lo que iba a ser la actividad característica de este lugar: la industria de la carne» (Romero, 1995: 92).

En el interinato de la presidencia de la República, Carlos Anaya resolvió fundar una villa en la falda meridional del Cerro por el decreto del 9 de setiembre de 1834, bajo el nombre de Villa al pie del Cerro. En diciembre de ese mismo año surgió su nueva denominación: Villa Cosmópolis, lo que responde a las aspiraciones de la época acerca de recibir inmigrantes. Rápidamente comenzaron los trabajos de amojonamiento de la futura villa.

Tras el surgimiento de la Villa Cosmópolis, se intensificó la actividad de los establecimientos saladeriles, incipientes industrializadores de la carne a partir de la producción del tasajo (charque) y del extracto de carne. «Con esto se buscaba plasmar la presencia en el oeste de la capital de un centro industrial importante, particularmente ligado a la industria cárnica, cambiando el rumbo inicial del barrio que estaba sobre todo en lo referido a lo agrario» (Pérez, 2020: 168). El motivo que llevó a que los saladeros fueran ubicados en la zona del Cerro, específicamente sobre ambas márgenes del arroyo Pantanoso, fue que en el año 1836 el Poder Ejecutivo estableció un decreto que determinaba que los establecimientos que se dedicaran a la salazón de carne, fábricas de jabones y velas tendrían que estar lejos de la ciudad.

Los elementos de identidad que caracterizan al barrio son variados y gozan de una contundente y precisa definición. Se trata de una zona de tradición y formación cultural proveniente del flujo migratorio europeo de los siglos XIX y XX, que creció en torno a polos industriales como los saladeros. En el siglo XIX, los primeros inmigrantes vinieron del área mediterránea, caracterizándose por la fuerte presencia de españoles y alemanes para trabajar en sus establecimientos.

Un ejemplo concreto de esta voluntad de atraer mano de obra extranjera a la Villa del Cerro fue todo el emprendimiento del capitalista Samuel Lafone, según cronistas de la época «dueño de media ciudad y algo más», que trajo como operarios para sus empresas a españoles y alemanes, además de los aproximadamente 200 vascos e italianos que ya trabajaban para él [...]. (Romero, 1995: 92)

Lentamente la zona fue adquiriendo un perfil netamente industrial. El censo realizado en 1852 indicó que en la zona de la Villa del Cerro había cuatro saladeros, doce negocios por menudeo, dos fondas y tres hornos de ladrillo. Ya en 1873, el Cerro contaba con la presencia de nueve saladeros, que en 1885 pasaron a ser once, con una población aproximada de 3200 personas. Además de los saladeros, la zona tenía una fábrica de conservas y dos fábricas de carbón.

A fines del siglo XIX el Cerro era un pequeño pueblo con características de ciudad: «calles alumbradas a querosén y empedradas, una actividad industrial intensa y un flujo poblacional en crecimiento, contándose en ese momento con unos 8000 habitantes, de los cuales un 32% eran inmigrantes» (Romero, 1995: 93). Según R. Porrini (2018), el territorio que estaba prácticamente vacío a inicios del siglo XIX multiplicó por siete su población entre 1850 y 1900.

En las primeras décadas del siglo XX se produjeron nuevos empujes migratorios que fueron acelerados una vez terminada la primera guerra mundial, recibiendo una nueva y masiva inmigración a partir de 1918. Así fueron llegando vascos, catalanes, gallegos, andaluces. Los últimos contingentes vinieron del este de Europa: Rusia, Yugoslavia, Polonia, Austria, Lituania, entre otros, junto a españoles, italianos, griegos, turcos y armenios, que «acabaron de darle a la Villa del Cerro un perfil étnicamente plural,

ya que se afincaron particularmente en esta zona» (Romero, 1995: 93).

Por otro lado, a inicios del siglo XX, como consecuencia de la revolución industrial y del desarrollo de moderna tecnología, los saladeros fueron desplazados por un nuevo tipo de industria: los frigoríficos. Como sostiene G. Pérez, «La revolución industrial se expandió por el mundo de diferentes maneras, al Cerro se presentó con forma de frigorífico» (2020: 171).

El gran primer empuje y desarrollo de la industria frigorífica corresponde al período que va desde el comienzo del siglo XX hasta la crisis del 29. El primer frigorífico uruguayo para la explotación de nuevos sistemas en la conservación de carnes, a través del enfriamiento y la congelación, se denominó La Frigorífica Uruguaya y se instaló en Puntas de Sayago. Comenzó las faenas en diciembre de 1904, logrando su primera exportación a Londres en marzo de 1905. Posteriormente pasó a manos de una compañía anglo-argentina llamada Sansinena & Cía. en el año 1911. Finalmente, en 1929 esta compañía arrendó sus instalaciones al Frigorífico Nacional (había sido creado en 1928) y funcionó como ente testigo para controlar la industria cárnica del Uruguay.

El segundo frigorífico de relevancia en la zona fue el Frigorífico Montevideo, fundado en 1911 en la zona de Punta Lobos, en los predios de tres saladeros. Rápidamente adoptó el nombre de Frigorífico Swift en 1913, debido a que fue adquirido por la compañía Swift, perteneciente a un consorcio norteamericano.

Otro de los frigoríficos importantes del Cerro fue el Frigorífico Artigas, que comenzó sus faenas en octubre de 1917. Se trató de una sociedad anónima conformada por estancieros uruguayos, quienes vendieron el frigorífico años después a la empresa de Chicago Armour.

De esta manera, en 1925 funcionaban tres grandes frigoríficos en el Cerro: La Frigorífica Uruguaya, el Artigas y el Swift, claramente ligados a capitales extranjeros. Lo destacable de esta situación es que tres de los cuatro grandes frigoríficos uruguayos estaban en el Cerro. Estos establecimientos llegaron a emplear en el momento de mayor auge entre 8000 y 10.000 trabajadores y trabajadoras, denominados friyeras y friyeros. Era una población fundamentalmente del barrio, siendo una proporción muy alta con respecto a los estimados de la población local.

Los trabajadores que no eran del barrio llegaban al Cerro por dos vías: a través del vaporcito del Cerro, medio de transporte marítimo que implicaba la conexión del puerto de Montevideo con el Cerro; o a través del tram-way, medio de transporte tirado por caballos que recorría la ciudad en varias líneas. En este caso, atravesaba la Aguada, Paso Molino, hasta llegar al Cerro. Este medio de transporte fue sustituido por el tranvía eléctrico.

El desarrollo de la industria frigorífica durante la primera mitad del siglo XX supuso para el Uruguay la principal fuente de ingresos. Por otro lado, también significó el empleo de mano de obra calificada en el barrio. La etapa de los frigoríficos en la historia del Cerro, en términos de identidad barrial, significó el núcleo central de la historia de base que permitió ordenar valores que siguen visualizándose como característicos del lugar. De esta manera, se configuró una identidad en torno al trabajo y a la solidaridad, forjando lazos de comunidad. En este sentido, están relacionados estos valores con un pasado en que las condiciones materiales y laborales permitían consolidar un comportamiento territorial con énfasis autóctono, dentro de un complejo urbano.

Otro de los elementos que contribuyó a la configuración de la identidad barrial está relacionado con la intensa actividad sindical de los obreros cerrenses. Esta actividad construyó lazos de unión entre estos trabajadores. A modo de ejemplo, a partir de 1951 el puente del Pantanoso es recordado como el Paralelo 38, debido a la intensa actividad sindical y a la huelga general llevada a cabo por los trabajadores de los frigoríficos y otras

organizaciones sindicales en solidaridad con los de ANCAP que se encontraban en conflicto con el Gobierno de la época. A pesar de la terrible represión, los trabajadores resistieron unidos firmemente en las calles.

La Villa del Cerro tiene una enorme trascendencia en el desarrollo económico de la República. La industria saladera y frigorífica la eligió como máxima sede, dándole una fisonomía intransferible. Insufrible vaho de sangre y carroñas; fábricas de labor sin pausa, que convierten la riqueza semoviente en divisas de comercio de carnes; calles pobladas de gente humilde, laboriosa, con una decidida conciencia obrerista: todo eso ha sido el Cerro, de bravías tradiciones, de gente sufrida, de familias muy unidas, que han coreado el nombre del país en horas de alegría y atrapado la atención del Uruguay entero, en horas de hoscas huelgas casi revolucionarias. (Barrios Pintos, 1971: 42).

La época de esplendor económico y exponencial crecimiento poblacional de los años cuarenta del siglo XX le dio una fisonomía muy característica al barrio. De esta manera, se desarrolló una identidad local particular, que tuvo como uno de sus pilares una fuerte identidad de clase. En consecuencia, el Cerro se transformó en barrio obrero, lo que provocó el surgimiento de una comunidad obrera (como denomina el historiador R. Porrini, 2005 y 2018) que se expresó y organizó a través de distintos medios y mecanismos: asociaciones, ateneos, sindicatos, medios de prensa, manifestaciones, clubes, huelgas, cortes de calle, cooperativas, entre otros. A su vez, esa comunidad obrera reflejó una fuerte interacción con las esferas culturales y sociales. A modo de ejemplo, existían muchos cafés y boliches que marcaban un relacionamiento permanente de los vecinos.

Los cines del barrio también eran una muestra del micromundo que se vivía por el oeste de la capital. El Selecto (Grecia, entre Estados Unidos y Japón), el Cerrense (Carlos María Ramírez, entre Turquía y Grecia), El Cosmópolis (Viacaba, entre Grecia y Chile), el Apolo (Grecia, entre Norte América e Inglaterra, hoy se encuentra allí el teatro Florencio Sánchez). (Pérez, 2020: 173)

Esta nueva sociedad, una sociedad de masas, fue el caldo de cultivo para la explosión del fenómeno asociacionista, más específicamente de clubes de barrio deportivos y sociales, siendo este tipo de institución la de mayor desarrollo, sacándole protagonismo a las instituciones de inmigrantes del siglo XIX. En el Cerro hubo un gran desarrollo de las actividades deportivas, sobre todo de clubes dedicados al fútbol. Se destacan los dos equipos de fútbol históricos: Rampla Juniors Fútbol Club y el Club Atlético Cerro. Aunque hubo varios clubes más y numerosas canchas de fútbol en el barrio.

En los primeros años del siglo XX, el fútbol se popularizó rápidamente con la fundación de una gran cantidad de clubes y se expandió por los barrios de Montevideo, llegando también a la Villa del Cerro. En 1908 se fundó una Liga de Football del Cerro. La Villa del Cerro comenzaba a sumar nuevos clubes de fútbol, en tanto la población crecía y los frigoríficos se consolidaban como polos industriales (Laborido, 2022).

Una de las primeras canchas del barrio en que se disputaron partidos oficiales fue el Parque Chimont. El Chimont era un club fundado por extranjeros vinculados al Frigorífico Swift, de ahí su nombre: pretendió unir las ciudades de Chicago y Montevideo, que tenía como actividad principal el golf. La cancha de fútbol fue construida simultáneamente a la planta fabril entre 1912 y 1914. Cuando Rampla Jrs. llegó al Cerro utilizó ese predio para disputar sus encuentros oficiales correspondientes a los campeonatos organizados por la Asociación Uruguaya de Fútbol (AUF). Este histórico campo de juego aun existe y está ubicado en el ingreso a Punta de Lobos, lindero al campo del club de golf (fundado en 1920 por los dueños del frigorífico Swift). Si bien su nombre es Parque Chimont, fue conocido popularmente como la cancha del Swift, y actualmente se la denomina cancha de La Marina (Laborido, 2022).

Mientras el proceso de surgimiento de los clubes se intensificaba, en 1919 se mudó a la Villa del Cerro el club Rampla Juniors Football Club. Esta institución se fundó el 7 de enero de 1914 en la zona de la Aduana, y cuando pasó al Cerro militaba en la segunda división. La llegada al barrio provocó muchas resistencias por parte de los más localistas. De todas formas, Rampla Jrs. prontamente consiguió adeptos en la Villa del Cerro, aunque otros, apegados a un sentimiento localista, resistieron y se mantuvieron fieles a las humildes instituciones del barrio. Posteriormente, esta situación llevó a que el 1.º de diciembre de 1922 se fundara el Club Atlético Cerro.

Entre las décadas del cuarenta y del sesenta del siglo XX el Cerro vivió profundos cambios. Se estructuró entonces el sentimiento comunitario en torno al trabajo friyero y sus familias, así como el de otras actividades asalariadas, sectores sociales medios (profesionales, periodistas, funcionarios). También fueron importantes las mujeres, dedicadas a diversas tareas, como el cuidado del hogar, además de las actividades fabriles, el magisterio, empleadas, el servicio doméstico o diversos trabajos a domicilio (Porrini, 2005).

En los años cuarenta aconteció un proceso de emergencia de un sujeto social, que denominamos fuerza social de los trabajadores. El mismo se articuló a partir del desarrollo de una clase obrera industrial, casi totalmente ubicada en Montevideo, la capital, y en algunas escasas poblaciones del interior de la República. La historia no comenzó allí (sus antecedentes cercanos se hallan en las dos primeras décadas del XX, y un poco más antiguos en el último cuarto del XIX), pero en los 40 emerge un componente social acrecido [...] (Porrini, 2005: 8).

La tradición de trabajo y lucha en el Cerro se forjó en parte debido a la industria de la carne y la organización de sus obreros. Desde los años treinta fueron surgiendo varias organizaciones gremiales de los trabajadores de la carne, la Sociedad de Carga y Descarga de los Frigoríficos (1934), sindicatos de cada uno de los frigoríficos del barrio, la Federación de Obreros de la Industria de la Carne (diciembre de 1941) y la homónima Autónoma (7 de enero de 1942), que disputaron el apoyo de los trabajadores. Como plantea Porrini, «en el decenio de 1940 se afianzó una de ellas, la poderosa Federación Obrera de la industria de la Carne y Afines, Autónoma (en adelante FOICA-A), expresión de un sindicalismo clasista y combativo caracterizado como “autónomo”» (2018: 22).

En el contexto de la segunda guerra mundial (1939-1945) ocurrió un acontecimiento significativo que incidió en la formación de las identidades de clase y su emergencia *desde abajo*, así como en la maduración de *conciencia* y nuevas experiencias obreras. En momentos de fuerte demanda de los productos cárnicos a causa de la guerra, a fines de enero de 1943 se desató la breve huelga frigorífica montevideana, que comenzó cuando diez obreros fueron sancionados y luego despedidos (8 de enero). Estos trabajadores, todos varones (estibadores de la carne), se desempeñaban en la sección carga y descarga del Frigorífico Nacional (Frigonal).

Entre los resultados a más largo plazo se vio la consolidación de los sindicalistas «autónomos» frente a los comunistas, siendo un episodio que marcó profundamente la sociedad cerrense, generando divisiones y rencores —incluso en las familias y amigos— entre quienes estuvieron a favor y en contra de la huelga, y un fuerte sentimiento de identidad y experiencia de clase que perduró por mucho tiempo, tanto entre quienes participaron directamente, como entre los descendientes y los vecinos. (Porrini, 2018: 22).

Por un lado, la huelga del 43 generó una gran división en la familia y la comunidad cerrense que se estaba forjando. Pero por otro, «la huelga constituyó un espacio de confrontaciones político-ideológicas en torno a cuestiones cruciales en la época, como la lucha contra el “nazi-fascismo” y el logro del respeto a la organización de clase enfrentada a las patronales» (Porrini, 2005: 326).

La época de bonanza económica, producida por los buenos precios de los

productos exportables como consecuencia de la segunda guerra mundial y durante parte de la década del 50 por la guerra de Corea, generó una expansión económica en la industria y el empleo (mejorando los niveles de ingreso y el nivel de vida de la población). Las importaciones mermaron en precio y cantidad una vez finalizados los conflictos internacionales. Esto llevó a que las divisas decrecieran sustancialmente, derivando en un deterioro de los términos de intercambio. A su vez, las balanzas comercial y de pagos se volvieron negativas mientras que los ritmos del PBI se desaceleraron. En efecto, Uruguay y Latinoamérica padecieron uno de los períodos históricos más turbulentos de su existencia, marcado por el enrojecimiento progresivo de las cifras de los indicadores socio-económicos y la desestabilización de la situación político-institucional.

Los efectos en la Villa del Cerro durante las décadas del sesenta y setenta estuvieron marcados por la decadencia de la situación económica, en tanto los frigoríficos y otras fuentes laborales poco a poco fueron cerrando. En 1958 los inversores estadounidenses que estaban en el país se retiraron definitivamente y los únicos que quedaron en pie fueron el Frigorífico Nacional y el Artigas, de lo que eran los Establecimientos Frigoríficos del Cerro S.A. (EFCSA). El impacto de estos graves problemas en la industria frigorífica determinó que en el año 1978 se decretara el cierre del Frigorífico Nacional, mientras que el definitivo cierre y liquidación de EFCSA se materializó en la década de 1990. De esta manera, los establecimientos industriales dejaron de funcionar en la zona.

Esto produjo cambios en la dinámica y las costumbres del barrio. Además de la crisis económica, hubo otros factores que dieron lugar a las transformaciones en la zona: la migración campo-ciudad y las relocalizaciones de la población montevideana de bajos recursos causaron un sensible crecimiento demográfico. La llegada de los nuevos vecinos cambió física y socialmente al Cerro.

Luego del golpe de Estado del 27 de junio de 1973 y la instalación del régimen civil-militar, en el Cerro, los frigoríficos que quedaron, EFCSA y el Nacional, fueron cerrando hacia fines de esa década. Desde entonces, la vieja comunidad obrera cambió. De comunidad pasó a barrio de trabajadores, y por carecer de fuentes de trabajo, «barrio dormitorio», aunque ciertos hilos permitieron que algunas características, muy arraigadas, permanecieran en la nueva forma que asumió la comunidad barrial. (Porrini, 2021).

El proceso de la dictadura cívico-militar en el Uruguay (1973-1985), y en específico en el Cerro, dejó como resultado una importante secuela de víctimas, el deterioro de las relaciones sociales, así como un nuevo tipo de subjetividad basada en el miedo a los castigos estatales. Tales rasgos trascienden el tiempo mismo de existencia del régimen dictatorial para incidir en la configuración de las relaciones sociales y políticas, formas de pensar y comportamientos que se constatan en el presente democrático.

Esto provocó que la sociedad uruguaya posdictadura experimente una doble tensión entre, por un lado, el olvido y la memoria, y, por otro, las luchas por la memoria. Estas luchas no fueron solamente entre la memoria de los perpetradores o de una mayoría que avaló con su silencio el mantenimiento de la impunidad, sino también entre los diferentes tipos de memoria y los/las actores que ellas representaban. Es por eso que en la ladera del cerro, dentro del parque Vaz Ferreira (comenzó a construirse durante la segunda mitad de la década de 1950 y se inauguró en octubre de 1962), se construyó el Memorial en Recordación a los Detenidos Desaparecidos (1998-2002). En este figuran los nombres de los detenidos desaparecidos grabados en dos placas de vidrio, entre las cuales se extiende un sendero de piedra que nace en la costa y por el que se puede transitar.

Es muy difícil realizar una síntesis de un barrio con tanta historia como el Cerro. En este apartado se trató de esbozar los principales aspectos históricos, procurando una aproximación a la identidad cerrense. En el próximo apartado mencionaremos algunas

experiencias de enseñanza de la historia local en liceos del Cerro.

La historia local en la enseñanza de la historia en los liceos del Cerro

Incorporar el barrio para enseñar y aprender historia supone una forma particular de analizar y estudiar el pasado. Una modalidad para concretar esta posibilidad es a través de estrategias didácticas que vayan más allá del aula. Como afirma H. Pluckrose:

Si el propósito de la enseñanza de la historia [...] es profundizar la comprensión, por parte de los niños [y de los adolescentes], de su mundo, ampliar su experiencia a través del estudio de personas, de tiempos y lugares diferentes, apreciar el proceso de cambio y de continuidad en las materias humanas, reflexionar críticamente y formular juicios, mientras que al mismo tiempo adquieren unos intereses para el tiempo libre, entonces las visitas (bien preparadas e investigadas por el profesor) deben ocupar un lugar crucial en el curriculum de la escuela. (1996: 113).

Uno de los antecedentes vinculados a la incorporación de la historia local del Cerro al ámbito educativo tiene que ver con las experiencias publicadas por la revista *Anales del Consejo de Educación Primaria* de enero-marzo de 1963. Estas experiencias fueron desarrolladas por maestras y maestros de la zona. Otro proyecto, más reciente, es el Proyecto Promotor de Cultura Digital, aplicado por el Centro Educativo Asociado - Esc. n.º 371 (La Boyada), en el marco del programa Aprender Todos. También se destacan los proyectos desarrollados por Apex Cerro.

En esta línea de trabajo, pensé y armé mi proyecto de curso de enseñanza de la Historia para segundo y tercer año de ciclo básico. Con esa finalidad, seleccioné como eje vertebrador a la historia local y la microhistoria. De esta manera, tomé a Montevideo y sobre todo al Cerro como espacio geográfico desde el cual se analizó el pasado. A partir de la historia local y de la propuesta programática que brinda la DGES (Dirección General de Educación Secundaria, Uruguay), seleccioné los contenidos y realicé los cortes didácticos. Para cada una de las unidades temáticas, pensaba en lugares que sería deseable visitar. Como afirma J. Prats (2001), para introducir la historia local al aula primero se deben seleccionar unidades didácticas que utilicen elementos o fuentes históricas procedentes de la historia de la localidad. En segundo lugar, plantear algún trabajo sobre periodos concretos de la historia de la propia localidad.

De acuerdo a Prats (2001), utilizar fuentes históricas no persigue el objetivo de enseñar a investigar, sino que tiene como finalidad que el estudiante incorpore el método histórico para poder comprender cómo se alcanzan los conceptos y las leyes sobre el pasado.

Por lo tanto, se puede aspirar a trabajar algún aspecto del aprendizaje sobre elementos sacados del entorno. Los vestigios cercanos pueden permitir ejercitarse en el dominio de la cronología, y ser útiles para aprender a formular hipótesis, para aprender a analizar alguna fuente histórica o, simplemente, para realizar tareas de clasificación. (Prats, 2001: 79).

Por otro lado, a la hora de plantear trabajos sobre periodos concretos de la historia de la propia localidad Prats sugiere que «[...] los trabajos de historia local no deberán ser otra cosa que el aplicar una lupa sobre algún periodo del pasado, para observar, desde otra perspectiva, lo que se vio y se verá con coordenadas mucho más extensas. [...]» (2001: 79).

En mis años de trabajo en el Cerro participé y/o coordiné varias salidas didácticas. Muchas se realizaron en el marco de proyectos de trabajo coordinado con otras asignaturas y en otras ocasiones se trató de proyectos específicos de Historia. A modo de ejemplificación, mencionaré dos proyectos puntuales.

El primero de ellos fue concretado el 24 de noviembre de 2021 con estudiantes de segundo año del liceo n.º 70 (ubicado en Cerro Norte). Este proyecto surgió específicamente en el marco de mi curso de historia y fue denominado «Recuperando la identidad local: la Real Casa de la Pólvora (1794)».

La Real Casa de la Pólvora, conocida popularmente como el Polvorín, es una construcción colonial que data de 1794, el único polvorín del actual Uruguay. «Así como las conocidas Bóvedas, esta edificación fue construida con el fin de almacenar municiones en la época del Montevideo colonial, ciudad-puerto amurallada, para la defensa ante ataques bélicos externos a la corona española» (Intendencia de Montevideo, 2020).

La recuperación de este lugar fue el resultado de la interesante tarea de restauración propuesta por niñas y niños de la escuela n.º 364, lo que llevó a que el domingo 3 de octubre de 2021 el conocido Polvorín del Cerro fuera inaugurado como Centro Cultural Casa de la Pólvora. Con las obras en este centro, se pretende la apropiación comunitaria de la edificación colonial a través de diversas actividades culturales: teatro, artes circenses, danza, títeres, música y performances.

La salida didáctica a la Casa de la Pólvora se pensó con relación al curso de Historia de segundo año. Al momento de la realización de la salida estábamos trabajando con la subunidad temática denominada Conquista y colonización del Río de la Plata: siglos XVI-XVIII. Concretar este proyecto era útil, en tanto permitía aproximarnos al pasado a partir de la visita de una construcción que le da sentido al barrio y a su vez nos permite apropiarnos de ella y recuperar la identidad local barrial. Esta construcción no solo tiene valor patrimonial y cultural, sino histórico, ya que

[...] como sucedía en la mayor parte de los servicios para la comunidad, las personas afro esclavizadas realizaban las tareas de construcción, mantenimiento, traslado de este tipo de espacios funcionales; también fueron parte de la defensa armada ocupando las primeras filas en los combates, dada la conformación de los regimientos denominados «de pardos y morenos» (Intendencia de Montevideo, 2020).

Este proyecto se pensó en función de las siguientes intenciones: recuperar la identidad local barrial a partir de la visita a la Real Casa de la Pólvora; valorar el patrimonio cultural colonial del barrio y establecer vínculos entre la comunidad educativa y construcciones identitarias barriales.

El segundo proyecto de salida didáctica al que haré referencia fue concretado en el mes de mayo de 2022, en esta ocasión con estudiantes de segundo año del liceo n.º 11. La propuesta contó con la iniciativa de las profesoras Sandra Costa y Yanet Benoit, en el marco del proyecto «Turismo cultural pedagógico en la Villa del Cerro». Este proyecto nació a partir de otra experiencia previa que se desarrolló en el año 2021 de la mano de un grupo de vecinos e instituciones de la zona, denominado «Proyecto turismo cultural». En noviembre de 2021 concretó cuatro circuitos bajo el slogan «Cerro patrimonio y su gente ¡Vive lo que nos identifica!». Está integrado por docentes y alumnos/as de los liceos 11 y 61, UTU Cerro y Santa Catalina; centros culturales como La Casa de la Pólvora y Centro Cultural y Teatro Florencio Sánchez; así como la Plaza de Deportes n.º 11, Club de Pesca Villa del Cerro y Asociación Civil 11 Cultural oeste, entre otros actores. Como parte de un proceso colaborativo, se lograron diseñar diferentes circuitos que contemplan la gran diversidad temática, así como la riqueza patrimonial, artística, deportiva y natural de la zona. En ese contexto, específicamente interesaba el circuito patrimonial del Cerro para trabajar en Historia.

Si bien la propuesta de las profesoras Costa y Benoit contempla la recorrida de diversos lugares, para el curso de Historia nos interesaba especialmente el Museo de los Trabajadores de la Industria de la Carne AJUPEN-FOICA. Este contiene una enorme variedad de objetos de la vida de los trabajadores e historia sindical asociada a la

industria de la carne. En este caso, la propuesta de Historia versó en un cuestionario a partir de la recorrida por el museo.

Además de las experiencias de salidas didácticas, en algunos casos incorporé fuentes históricas de la localidad para trabajar determinados temas. Son muchos los elementos simbólicos y materiales que tiene el barrio, que lo hacen especial y distinto a otros. Uno de ellos es el mural de Leopoldo Nóvoa en el estadio de fútbol Luis Tróccoli del Club Atlético Cerro, construido entre 1962 y 1964. Se trata de un mural que nos dice mucho, aunque poco sabemos de él. Representa la auténtica concepción informalista tipificada en una obra de arte, en la cual los materiales que la recubren, el lenguaje utilizado, la distribución del espacio que es invadido en todas las dimensiones, lleno de formas sugestivas, fuertes, con colores bajos, todo lo cual hace que sea considerado un verdadero hito en la trayectoria de Nóvoa.

El mural se desarrolla sobre la parte externa de la tribuna de entrada al estadio de Cerro y se accede a este por la avenida Santín Carlos Rossi. Es la obra más importante de su trayectoria, así lo explicitó el artista en varias entrevistas. Tiene unas dimensiones muy grandes: 130 metros de largo y 4,6 metros de alto; el trabajo alcanza los 607 metros cuadrados, lo que lo ubica como el mural abstracto más grande del mundo. Manuel Fraga Iribarne señala que este mural es un hito en la trayectoria del artista y del arte contemporáneo, a partir del cual la abstracción matérica, monocromía, parquedad objetual, arena, granito, ceniza, residuos metálicos, son distintivos de su perpetua reflexión sobre un mismo tema. En este sentido, la obra y su materialidad tienen enorme relación con el contexto histórico que le corresponde.

Esta obra de Nóvoa está presente en mis clases de Historia, con la intención de visibilizar un mural que se transformó en un muro invisible para la comunidad barrial. Constituye mi recurso didáctico por excelencia para enseñar la década del sesenta en Uruguay. Nóvoa empleó materiales de desecho que están relacionados con la sociedad que describe en su obra, sobre todo la decadencia de la Villa del Cerro que anunciaba la caída de los frigoríficos. Aquella sociedad uruguaya había ingresado en una etapa de descomposición.

La propia experiencia indica que lamentablemente los estudiantes del Cerro no conocen la obra, esta es escasamente valorada, se transformó en un muro invisible para la comunidad barrial que poco sabe de ella. Por eso es fundamental el trabajo con el mural; además del valor formativo que tiene como recurso didáctico, es importante pensar en la posibilidad de reconstrucción del mural por el valor histórico que tiene, en el sentido de que es un testimonio histórico-cultural.

Fuentes históricas para pensar en la enseñanza de la historia local cerrense

Para finalizar este trabajo y sistematizar la historia del barrio y sus posibilidades didácticas tomaré la tipología de fuentes históricas que emplea Prats (2001), para ofrecer a los docentes posibles fuentes para el estudio de la historia local. Brindo esta lista que surge a partir de mi experiencia en salidas didácticas, y sin la intención de ser exhaustivo, para que pueda ser utilizada en la didáctica de la historia local, pensando en los nuevos enseñantes de Historia que trabajen en el barrio.

La toponimia: el propio nomenclátor constituye una fuente notable. Las calles del barrio llevan nombres de diferentes países. Esto refiere al origen poblacional del barrio, que recibió a una enorme cantidad de inmigrantes de distintas procedencias. Incluso también el nombre originario del barrio, Villa Cosmópolis, hace referencia a la fundación de una villa que recibiría a pobladores de otras partes del mundo. Popularmente se conoce al barrio como el Cerro, nombre que se debe a la elevación de 136 metros de altura que está en la zona.

Edificios y vestigios civiles: La Real Casa de la Pólvara, conocida popularmente como el Polvorín (1794). La Fortaleza General Artigas (construida en 1808 y denominada así desde 1882). El Memorial de los Detenidos Desaparecidos (1998-2002).

Plaza del Inmigrante, construida en los inicios del siglo XX con el nombre General Fraga, popularmente conocida como Plaza de los Sapos.

Parque Vaz Ferreira (1956-1958). Parque Débora Céspedes (1922-2009. Anarquista, sindicalista y poeta cerrense.), inaugurado en 2020.

Club de Golf del Cerro (1905). El Estadio Olímpico Pedro Arispe (1923). El Estadio Monumental Luis Tróccoli y el mural construido por Leopoldo Nóvoa (1962-1964). La Plaza de Deportes n.º 11. El Club de Pesca Villa del Cerro y Asociación Civil 11 Cultural oeste.

Escuelas públicas. Liceos públicos y escuelas técnicas públicas. Teatro Florencio Sánchez (1913). Producciones artísticas de José Gurvich (1927-1974) y Leopoldo Nóvoa (1919-2012).

Parque Tecnológico Industrial del Cerro-PTI Cerro (1998), ubicado en el exfrigorífico Artigas. Exlocal del sindicato de EFCSA.

Ruinas del exfrigorífico Swift y dique del Estado. Ruinas del exfrigorífico Nacional.

Edificios religiosos: parroquia Santa María de la Ayuda (1867-1870).

Objetos personales: casa de la escritora Mercedes Beba Lingeri.

Instrumentos para el trabajo de todo tipo: objetos de la vida de los trabajadores e historia sindical asociada a la industria de la carne (Museo de FOICA).

Museos: Museo Militar —ubicado en la Fortaleza General Artigas (1939)—. Museo de los Trabajadores de la Industria de la Carne AJUPEN-FOICA (2002).

Red de comunicaciones: el puente del Pantanoso, recordado como el Paralelo 38 a partir de 1951.

Las fuentes orales: el Cerro brinda enormes posibilidades para el trabajo con fuentes orales, relatos, canciones, leyendas, etc.

Conclusiones

Luego de realizar este trabajo, podemos afirmar que la propuesta de la historia local puede ser recogida por la enseñanza formal en cualquiera de sus tres niveles. En este caso, analizamos y sintetizamos experiencias didácticas con estudiantes de enseñanza secundaria en el barrio Cerro de Montevideo. Como se expuso a lo largo del artículo, se trata de un barrio con tradición de trabajo y lucha. Esa identidad se fue construyendo a lo largo del siglo XIX y XX, a raíz de la industria de la carne, impulsada primero por los saladeros y luego por los frigoríficos.

A partir de las diversas experiencias de salidas didácticas y actividades áulicas que se mencionaron en este trabajo, podemos afirmar que es posible concebir al barrio Cerro como un escenario en el que se plasman sus expresiones sociales en itinerarios, proyecciones, imágenes, rituales. En definitiva, eso es lo que le da identidad al barrio. Esa fuerte identidad barrial es la que permite enseñar y aprender historia a partir de un abordaje de la historia local, lo que convierte a la historia del Cerro en una posibilidad para entrar al pasado.

Los desafíos que se abren para una enseñanza formal de la historia, permeada por

las propuestas de la historia local, son enormes, no solo por el esfuerzo que siempre exige hacer un camino nuevo, sino por los frutos que esta nueva forma de concebir la enseñanza de la historia pueden brindar, en primer lugar para los alumnos y luego para la sociedad en su conjunto y para la propia historia.

Al inicio de este artículo, mencionamos que uno de los propósitos era sistematizar las diversas experiencias de salidas didácticas que realicé con distintos grupos, a los efectos de brindar posibles itinerarios a los docentes que se incorporan como enseñantes de Historia en el Cerro. En este sentido, se incentiva a quienes trabajen en las instituciones liceales del barrio a pensar en la historia barrial cerrense como una opción didáctica, ya que brinda enorme potencialidad para la enseñanza y el aprendizaje de la historia.

Finalmente, a modo de resumen, deseo señalar cuatro elementos que deben estar presentes en los estudios de la historia local en las aulas de educación secundaria (J. Prats, 2001): a. Que el docente tenga conocimiento del método de investigación histórica; b. Que exista producción historiográfica sobre la localidad que es objeto de estudio; c. Que existan fuentes accesibles y suficientemente preparadas para que los alumnos logren entenderlas; d. Que el profesor conozca la metodología didáctica necesaria para traspasar el nivel de la «sopa de anécdotas» y logre que los estudiantes utilicen el estudio de la historia local como método para aprender. «Que el estudio de la historia local sirva para ofrecer y enriquecer las explicaciones de la historia general y no para destruir la historia» (Prats, 2001: 83).

Bibliografía

- ACOSTA, M.; LABORIDO, G. y MACEIRA, A. (2012). La institución liceal en el trayecto de formación. *Convocación* (7), págs. 36-39.
- ACUÑA MEDINA, A. (2015). Pensar el barrio para enseñar y aprender historia. *Perspectivas. Revista de Historia, Geografía, Arte y Cultura*, 3, (6), págs. 69-81.
- BARRIOS PINTOS, A. (1971). *Montevideo. Los barrios (I)*. Montevideo: Nuestra Tierra.
- CONSEJO DE EDUCACIÓN SECUNDARIA (2008). *Liceos del Uruguay*. Montevideo: Administración Nacional de Educación Pública (ANEP).
- FOLCHI DONOSO, M. (2000). La incorporación de la Historia Local a la enseñanza formal de la historia: desafíos y oportunidades. *Enfoques Educativos* 2, (2), págs. 1-19.
- GHIONE, P.; GONZÁLEZ, M. y TRUCONE, D. (2012). La ciudad y el barrio. En P. PAVCOVICH (coord.), *El barrio. Lo social hecho espacio* (págs. 27-43). Villa María: Eduvim.
- GIMÉNEZ, G. (1997). Materiales para una teoría de las identidades sociales. *Frontera Norte* 9, (18), págs. 9-28.
- GONZÁLEZ, L. (1968). *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia*. México: El colegio de México.
- LABORIDO, G. (2022). Las relaciones entre fútbol y sociedad en la comunidad obrera de la Villa del Cerro (Montevideo, Uruguay) en 1943. 4º Simposio Internacional de Estudios de Fútbol, São Paulo, Brasil.
- MÁRQUEZ, F. (2007). *Historias e Identidades Barriales del Gran Santiago: 1950-2000*. VI Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Valdivia, págs. 1240-1252.
- MATEOS, Kydia (2009). *Soñar en el Cerro. Liceo 11. Anécdotas de clase*. Montevideo: Ediciones de la Plaza.
- PARADA GARCÍA, G. (2014). La enseñanza de la historia urbana y barrial. El caso del barrio San José de Bogotá. *Civilizar* 14, (27), págs. 183-202.
- PÉREZ, G. (2020). *Un barrio, mil historias. Montevideo en el pasado, presente y futuro*. Montevideo: Aguilar.
- PLUCKROSE, H. (1996). *Enseñanza y aprendizaje de la historia*. Madrid: Morata.
- PORRINI, R. (2005). *La nueva clase trabajadora uruguaya (1940-1950)*. Montevideo: Publicaciones de la FHUCE.
- PORRINI, R. (2018). Aproximación al estudio de un barrio de trabajadores: el Cerro (Montevideo) en los años cincuenta y sesenta. En S. SIMONASSI y D. DICÓSIMO (comps.), *Trabajadores y sindicatos en Latinoamérica. Conceptos, problemas y escalas de análisis*

(págs. 19-35). Buenos Aires: Imago Mundi.

PORRINI, R. (2021). El Cerro: de comunidad obrera a barrio de trabajadores (1940-1980). Hemisferio Izquierdo. Recuperado de <https://www.hemisferioizquierdo.uy/single-post/el-cerro-de-comunidad-obrera-a-barrio-de-trabajadores-1940-1980>

PRATS, J. (2001). Enseñar Historia: Notas para una didáctica renovadora. Mérida: Junta de Extremadura.

PRATS, J. y SANTACANA, J. (2015a). Los contenidos en la enseñanza de la Historia. En J. PRATS y J. SANTACANA (coord.), Didáctica de la Geografía y la Historia (págs. 31-49). Barcelona: Graó.

PRATS, J. y SANTACANA, J. (2015b). Por qué y para qué enseñar Historia. En J. PRATS y J. SANTACANA (coord.), Didáctica de la Geografía y la Historia (págs. 13-29). Barcelona: Graó.

ROMERO GORSKI, S. (1995). Una cartografía de la diferenciación cultural en la ciudad: el caso de la identidad «cerrense». En A. GRAVANO (comp.), Miradas urbanas. Visiones barriales. Diez estudios de antropología urbana sobre cuestiones barriales en regiones metropolitanas y ciudades intermedias (págs. 89-122). Montevideo: Nordan-Comunidad.

S/D (29 de junio de 2020). Real Casa de la Pólvora. Intendencia Montevideo. Recuperado de: <https://montevideo.gub.uy/areas-tematicas/personas-y-ciudadania/afrodescendientes/mapeo-afrodescendencia-resiliente/real-casa-de-la-polvora>

Gastón Laborido

Profesor de Historia de enseñanza media (DGES).

Profesor de formación docente (IPA-CFE).

Profesor de Historia del Deporte, Ed. Física y Recreación (IUACJ).

Integrante del Grupo de Estudios de Fútbol del Uruguay (GREFU-UDELAR).

Maestrando en Ciencias Humanas, opción Historia Rioplatense, en Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FHCE-UDELAR).

Publicaciones sobre Didáctica de la Historia.

Publicaciones sobre fútbol, política y sociedad.

Participación activa en jornadas académicas e institucionales, relacionadas a Didáctica de la Historia, Historia del Fútbol uruguayo.